



Aristide Maillol

tado, a abandonar por completo la "real politik" con todo lo que ella implica de egoísmo, cortedad de miras, e incapacidad de elegir un futuro en el que cada individuo conserve los atributos personales que le permitan sentirse ubicado y seguro en un planeta indiviso y sin barreras nacionales o sociales.

Para Pierre Mayer, si la historia del mundo nuevo posee una moral, ello se debe únicamente al hecho de que no puede prescindir de ella: "Si los últimos años han probado definitivamente que éramos capaces de dominar la naturaleza, durante los próximos diez o veinte años habrá que ganar al hombre a la causa de un mundo desconocido. Nos tocará saber inventar las formas en que el planeta resulte igualmente habitable para todos. Y en ello el conocimiento de las leyes de la física si nos servirá para algo. Las leyes que nos hacen falta son las puramente humanas, destinadas a regir un comportamiento ético dentro de nuestras relaciones. Nos tocará, además, adelantarnos al descubrimiento de estas leyes, descubrimiento para el cual no dispondremos de un norte seguro ni de referencias a las autoridades o a los valores recibidos, ya que éstos han ido caducando en su totalidad: somos los herederos, sin herencia, del mundo entero. Tendremos que improvisar nuestro aprendizaje sin poder siquiera recurrir al entretenimiento de las experimentaciones. Ello era posible sólo cuando se trataba de conquistar la naturaleza, cuando era posible, a un mismo tiempo, acumular experiencias, cometer errores, y reconocerlos. Pero el hombre no se deja tratar como la naturaleza, y es de esperar que no perdamos demasiado tiempo ante cada

obstáculo; sería cometer un grave delito: tenemos derecho al error, mas no a la falta irreparable."

El mundo roto, verdadero barómetro de nuestro tiempo, de sus posibilidades y de sus peligros, conquista al lector desde la primera página: informa, instruye, obliga a la reflexión, y enseña a pensar el mundo en términos que sólo puedo calificar de absolutamente modernos e indispensables.

¹ Pierre Mayer, *Le monde rompu*. Ed. Fayard, París.

DESDE HOLANDA

ARIEL DORFMAN

TRABALENGUAS

Catorce días exactos antes de partir de Holanda, después de una permanencia de cuatro años, comencé, de repente, a hablar holandés. Así, bruscamente, de un día a otro. Era un balbuceo, una intermitencia, un asomo deplorable de sonidos, nada más que eso, pero suficiente para entenderse tímida, mínimamente. Habíamos rechazado, con obstinada ceguera durante esos años, estudiar una partícula del idioma. Los diccionarios y manuales de gramática que

amigos ilusos nos habían regalado, junto con típicos tulipanes, a nuestro arribo, se mantenían ocultos en los más remotos escondrijos de la biblioteca y se extraían de vez en cuando para hacer frente a cartas incomprendibles o descifrar la cartelera de los cines. Durante doscientas seis semanas, no se me había sudado ni una gota ni una masticación de la lengua del país donde, sin embargo, debíamos efectuar las compras cada día. Pero quizás no era un fenómeno tan insólito. Por algún misterioso proceso de ósmosis, por un sistema de fotosíntesis lingüística en que las vibraciones del aire y el eco en su contexto se iban alojando en los lóbulos cerebrales, mi inconsciente había alcanzado a aprender, y a tartamudear ahora en voz alta, un nuevo vocabulario. Lo intrigante venía a ser la tardanza con que se había declarado tal aptitud, la inexplicable demora en vencer la plaga del silencio. La intercomunicación se daba justo cuando serviría para poco, cuando estábamos rearmando las maletas. Así somos los chilenos, les dijimos a los amigos holandeses, expertos en victorias morales, buenos para meter un inútil gol de última hora. Pero ¿por qué demonios había esperado el oscuro laberinto de mis convulsiones mentales tanto tiempo antes de decidirse a fabricar y recibir mensajes de la tierra de Rembrandt?

Era la segunda vez que algo similar sucedía. En efecto, cuando vivíamos en París, pese a chapurrear a la llegada un francés elemental, siempre me había costado sentirme cómodo en ese idioma tan estricto. Bastó que nos trasladáramos a Holanda, lejos de la severa sonrisa correctiva de los parisinos, para que automáticamente comenzaran a fluir de mis labios frases galas más complejas y elaboradas.

Parecería que estas experiencias, ambas, contradijeron uno de los axiomas fundamentales que hacen las delicias del bolsillo de Berlitz y el horror de turistas y liceanos: el único modo de internalizar un idioma es practicarlo hasta la saciedad. Pero la contradicción no es tal.

Cuando se vive exiliado, asimilar bien el vernáculo del centro de residencia, aprenderlo a fondo, significa entrar en contacto profundo con esa comarca y sus matices, trabar una red cotidiana de raicillas pequeñas, aliviar con eficacia el trauma del aislamiento. Pero también significa reconocer, involuntariamente, algo que ninguno de nosotros está dispuesto a admitir: que nuestra estadia puede prolongarse más allá de lo que habíamos imaginado, que los plazos se alargan y se llueven, que tenemos que habituarnos a gorgojeos foráneos y pájaros desconocidos y que

alguna madrugada incalificable despertaremos y habremos soñado en holandés. Por eso, tantos exiliados aún se empecinan, como un suicidio que tarda décadas, en no pronunciar una sola palabra del país en que empiezan a nacer sus hijos.

Así que recién cuando me despido de un lugar puedo darme el lujo, algo secreto y lleno de sombras dentro de mi garganta puede darse el lujo, de permitir a esta-boca-es-mía, a esta boca que a duras penas sigue siendo mía, que articule algo en el idioma de la tierra en que ya no resido, la tierra extranjera en que ya no tendremos la tentación aterradora de quedarnos para siempre.

DISPARATARIO

CARLOS ILLESCAS

ACTAS DE LA SOCIEDAD AMIGOS DE LO BELLO: PAUL LOUIS COURIER DE MERE (1772-1825)

Es probable que Don Niceto Federico Colmenares haya redactado su *Salutación a Paul Louis Courier de Mere* hacia 1960 y no a principios de 1962. De lo que si estamos seguros es de la lectura que el ilustre académico hizo de la misma a dos meses de su muerte, en el salón de sesiones de la benemérita sociedad, el 24 de diciembre del año citado en último término. En dicha ocasión hubo muchos invitados distinguidos, representantes de países de ultramar, con los que nuestro país mantiene cordiales relaciones.

La salutación, como no dejará de notar la perspicacia del lector, es

una versión taquigráfica apenas retocada por nosotros aquí y allá.

Sin tratar de ser impertinentes aclaramos que nosotros, empeñados en la tarea de reproducir las actas de la honorable sociedad a la que tenemos el orgullo de pertenecer, sobre todo las que obtuvieron la mayor atención del público, hemos pensado que sobre la publicación del homenaje a Courier no hay motivo para que permanezca inédita más tiempo, así se haga necesario, después, cualquier corrección, enmendatura u observación que estime oportuno realizar la señorita Flora Colmenares, hija de Don Niceto Federico, su heredera y también su única superviviente.

Acta número 32 (treinta y dos). Folio 544 y siguientes.

La versión española de la novela pastoral de Longo, *Dafnis y Cloe*, es de Juan Valera, y la traducción francesa más antigua de Jacobo Amyot. La reimpresión de *Dafnis y Cloe* la hizo en 1810 el helenista Paul Louis Courier de Mere, después de completar el pasaje omitido en el capítulo I de la edición de Felipe Junta, impresa en París el año de 1598.

Agotadas las posibilidades del preámbulo, vayamos al personaje:

En Courier la vocación se impuso a los impedimentos aciagos. Las letras lo distrajeran de la carrera militar que, como consta sobre todo a los paisanos, absorbe el optimismo del hombre más satisfecho de sí mismo. Courier, un poco a destiempo, supo elegir el campo de Agramante que más convenía a su naturaleza dada a los diablos. El no concebía el buen carácter: la intransigencia, a la altura de la bilis, abrió la brecha a su cesada envidiable. Recordémoslo.

El día 4 de enero de 1772 nació en Veretz, Indre et Loire. De origen noble, su educación imprimió el sello de lo óptimo, extremo que si alguna deficiencia llegara a producir no sería otra que el esmero.



Jean Cocteau por él mismo

Quién sabe cómo pasaría su vida de cadete en la Escuela de Artillería de Chalons, sólo nos consta que la literatura tiraba de él con la fuerza del cuerpo inverosímilmente voluminoso que arrastra otro verosímilmente ligero.

En 1793 se gradúa de subteniente y es enviado a Thionville; pero ha empezado a estudiar el griego. Estando en Maguncia le llegan noticias de que su padre se encuentra gravemente enfermo. Con el fin de asistir al anciano solicita sin éxito una licencia. Fracasadas las instancias tiene que desertar y dirigirse a prisa a la casa solariega de la familia, en Vertz.

Muchas y buenas influencias se mueven para preservarlo del castigo; que los jefes disciplinados ha merecido el subteniente Courier de Mere. En 1797, en oportunidad de que su regimiento se hallaba en Roma, dejó un día de incorporarse a filas. No falta quien refiera (¿Carrel, Rovigue, acaso el mismo Furia?) que se distrajo en una biblioteca leyendo un raro ejemplar de Laercio.

A los treinta años intuye la satisfacción al ver publicado en el *Magazin encyclopédique* su trabajo referente a la Atenas de Schwerghanyer; el ensayo prendió el entusiasmo de los enterados.

Pocos meses después los expertos saludaron el estilo, imitación de los diálogos platónicos, con que Courier había redactado su *Eloge a Helene*. Así se iniciaba su carrera literaria.

Al tener noticias de la expedición napoleónica a Egipto criticó con energía al emperador, quien probablemente ignoraba que el teniente estaba a un paso de dar fin a la redacción del ensayo histórico *Jugurtha*, imitación de Salustio.

Por fin dejan de bastarle las referencias escritas e iconográficas de la Magna Grecia. Desea conocerla y empezar allí lo que sabe de arqueología; cree atinar pidiendo formar parte de la expedición a Calabria, de donde, si bien le iba, partiría a la tierra prometida.

Poco conocedor de la realidad olvidó que los tiempos eran de guerra así que mucho le sorprendería verse en calidad de actor de la batalla de Murano y no investigando en Grecia lo que la afición le pedía.

Su general, cruel pero no menos realista, deseó enseñarle que la guerra no tiene nada en común con la literatura aun cuando para muchos son gemelas. Lo comisionó para que recogiera la artillería abandonada por las tropas francesas en Tarento. Courier no pudo cumplir la misión y el fracaso lo llevó a dejar en manos de los ingleses muchas piezas de artillería.

En cuestión de segundos el rey Jo-